

*Todo está listo, el agua, el sol y el barro;
pero si falta usted, no habrá milagro.*

“Canción Infantil para Despertar a una Paloma de Tres Primaveras”
(Joan Manuel Serrat¹)

A través del recorrido emprendido en estos capítulos, ha sido nuestro propósito ofrecer claves prácticas para transitar los a veces, sinuosos caminos de la interpretación y la actuación. Afirma un autor que la experiencia es una antorcha que nos ilumina cuando nos quema. Ello nos recuerda que todos los conceptos vertidos en estas páginas, los ejercicios, las ventanas a la exploración interior y los recursos técnicos que les acompañan, son equipajes que darán su pleno fruto únicamente a través de la experimentación y la práctica consciente, atenta y consistente.

Empezamos centrando nuestra atención en la voz, como un instrumento que trasciende la fisicalidad, para representar simbólicamente, nuestra manera de decir y contar; el instrumento en donde se integran cuerpo, mente y emoción al servicio de algo que es siempre más grande que nosotros: el arte de comunicar. La búsqueda de la voz propia es un proceso que se va forjando y que vamos alimentando, incorporando los elementos técnicos imprescindibles, y la maduración emocional aunada a la indagación interior y las vivencias que nos enriquecen, para abrir en nosotros posibilidades de resonancia con el mundo que nos rodea.

El actor/actriz debe reconocerse entonces como un atleta del corazón, ejercitando la sensibilidad, buscando despertar los sentidos, el pensamiento, sus capacidades de observación, introspección, segmentación y síntesis. Como afirmara George Sand²: *“la inteligencia busca, pero es el corazón el que encuentra.”*

En el sendero interpretativo, hemos de considerar la utilización eficiente y saludable de nuestro instrumento vocal, el aprovechamiento de nuestros recursos no verbales y corporales, así como el ponernos a tono con nuestras emociones, sensaciones y pensamientos. Esto es, justamente, lo que definimos como *darle sentido a la fuerza*. Se trata de concentrar nuestra energía, clarificando los impulsos presentes en el material a interpretar, y estableciendo prácticas que nos permitan una conexión emocional con el mismo.

¹ Serrat, Joan Manuel (Barcelona, España, 1943) es un cantautor, compositor, actor, escritor, poeta y músico español.

² Dupin de Dudevant, Aurore Lucile (París, Francia, 1804-1876), conocida como George Sand, fue una novelista y periodista francesa, considerada una de las escritoras más populares de Europa en el siglo XIX.

Es necesario apuntar que una buena interpretación empieza por una buena escucha. No hablamos de una escucha superficial únicamente basada en la acción de los sentidos; sino sobre todo, en una actitud de silencio interior, presta a la conciencia de las sutilezas, de los detalles mínimos, de los leves acentos que definen el carácter del color local de un diálogo. Hablamos, entonces, de una escucha que involucra todos nuestros sentidos y nuestra mente; y de un concepto que se hallará implícito muchas veces a lo largo de este contenido, la llamada *presencia presente*.

Proponemos, en este punto, ejercicios que invitan a la repetición y el juego, al desarrollo del oído como sentido primario en este proceso asociado a la experiencia musical de entrenamiento auditivo, al desarrollo de la atención y el cultivo de la respuesta empática.

La tarea de crear la voz propia implica, además de una profunda capacidad de escucha, un conocimiento del sujeto al que nos acercamos (música y actuación) con sus principios, estéticas, referentes y técnicas; a la vez que el emprendimiento comprometido de un camino de autoconocimiento y comprensión del mundo.

La experiencia interpretativa ofrece, en esta búsqueda, los elementos que han de ser nuestros mapas de ruta, en los que se esconden las claves para comunicar las profundidades de su significado. Éstos son el texto, la melodía, la armonía; en síntesis, texto y música. Hemos de recordar que estos elementos son siempre más grandes que ellos mismos; y la función del autor es encontrar, descifrar y comunicar, no solo aquello que se revela a primera vista, sino sobre todo, lo que está oculto, lo que subyace y anima el espíritu detrás de las palabras y las notas. Nos referimos a la línea de pensamiento, a los impulsos emocionales que habitan en el texto y la música; a los deseos, los QUIERO's que la insuflan de vida, le imprimen de pasión, fuerza, tristeza, ternura, y toda la gama de sentimientos posibles.

Resulta vital, para el actor, actriz o cantante, desarrollar una conexión con la palabra, con su significado, con la apreciación de su sonoridad y lo no literal que está escondido en ella. Recalamos aquí, realizar ejercicios que fomenten la internalización del texto a través de la apreciación de imágenes sensoriales, involucrando la imaginación para transitar los caminos de lo abstracto a lo concreto y viceversa.

Sentir las imágenes, ser consciente de los momentos disruptivos del texto en los que se produce un cambio significativo de escena o situación dramática; realizar un trabajo de memorización en el que se combina la repetición y el uso del cuerpo a través de ejercicios que descompriman la tensión y fomenten el uso de las inteligencias múltiples, constituyen guías y claves para acercarnos al texto cómo brújula.

Así como el actor/actriz o cantante ha de internalizar los diversos elementos del texto y la música buscando siempre una integralidad, *un todo que es más grande que la suma de sus partes*, deberá concebirse a sí mismo como un “*ser orquesta*” con múltiples recursos a su disposición. El cuerpo, los gestos, la mirada, las sensaciones, los sentidos, la psique, la voz, todos han de integrarse en una sola acción comunicativa. Del mismo modo que el piano y la guitarra constituyen instrumentos en los cuales se funden los elementos melódicos, armónicos y rítmicos, asemejándose a una pequeña orquesta contenida en un solo instrumento, así será la presencia del “*ser orquesta*”.

Con este equipaje a nuestro haber, afrontamos ahora la tarea de encarnar al personaje que el texto o la canción nos propone. Ellos solicitan de nosotros, dar un paso más en el camino del actor/actriz o cantante. Ya no se trata solamente de una comprensión del texto y sus elementos juntos y por separado, poder contar con los recursos técnicos para dar sentido a la fuerza y reconocerse como un ser con múltiples posibilidades expresivas y comunicativas. Se trata ahora de hacer vida, piel, voz, gesto y sentimiento, al personaje, a la vez que nos dejamos interpelar por él. Para ello, hemos de construir un espacio de neutralidad, libre de juicios y prejuicios, abierto a la novedad, a la lógica, a los conflictos y a la historia del personaje y su contexto. La creación de este lugar de neutralidad en nuestro interior nos permitirá abrazar con libertad, la experiencia de traer al personaje a nuestra propia historia.

Detenernos, generando espacios de silencio, de reflexión e introspección, construir el personaje no solo desde nuestras características sino desde las que otros seres nos aportan, dibujarlo desde su corporalidad, su entorno histórico y cultural, hasta las complejidades de su psique, será la tarea que nos confronta en este momento de nuestra interpretación actoral y musical. Para ello, hemos de determinar el volumen de proyección de nuestra voz; entender qué forma y qué rostro tiene para nosotros el personaje; en qué lugar emocional nos coloca y cómo nuestra propia historia moldea y modela ese lugar emocional; cómo entendemos sus conflictos, su lógica interna, sus contradicciones; en fin, cómo nos relacionamos con ese otro que empezará, quizá, siendo un desconocido, hasta llegar a convertirse en una presencia cercana y comprendida.

Nos aproximamos al trabajo que nos conduce a la realidad del ensayo, de la audición, de la pre-escena, y a ese lugar descrito de tantas maneras, pero sin duda, nunca estático, sino dinámico y cambiante: el escenario.

En este punto, proponemos empezar siempre con ejercicios técnicos de relajación, el cuidado eficiente de nuestro aparato vocal, el diálogo con nuestro cuerpo; y elementos prácticos que nos preparan para lo que denominamos “el

oficio”. Se trata de administrar nuestros recursos con la mayor inteligencia y sabiduría posible, respetando las señales y las características de nuestra propia persona, a la vez que haciendo honor al personaje y a la obra que se nos confía.

Esta preparación será nuestro sostén y garantizará nuestro buen tránsito a través de las múltiples experiencias que el quehacer musical y actoral nos otorgarán. Entender el vestuario como una parte de nosotros, buscar la comodidad al tiempo que la autenticidad y la coherencia; descifrar claramente las realidades y necesidades en los contextos de actuación y música; y entender qué hacer y qué no hacer para facilitar nuestro proceso de inmersión en ellos, es nuestro objetivo en esta parte del viaje.

Introducimos aquí el concepto de “*terruño*”, que es el lugar en el que intervienen nuestra cultura, nuestro paisaje, nuestra geografía, nuestra huella musical y personal y todo aquello que ha ido gestando el espacio desde donde construimos nuestro ser como intérpretes. Descubrir y nombrar nuestros referentes, abrazar lo que nos ha formado, reconocer los procesos de ida y vuelta, las contradicciones y reconciliaciones, constituyen las claves para profundizar en la idea del *terruño* y entender cómo influye en nosotros y en nuestra entrega interpretativa. Claro está que este concepto de *terruño*, como tantas cosas, será una experiencia dinámica, que se irá construyendo orgánicamente a medida que aumenten nuestras vivencias y se amplíen nuestros horizontes y aprendizajes. Quizás, esta conciencia de lo orgánico, de lo cambiante, de lo que muta y se reconstruye, del proceso de reinención que implica la propia búsqueda, es la llave que nos impulsa y nos alienta en el sendero de libertad creativa que nos propone la interpretación. Para eso, la improvisación y la observación han de ser dos amigas y aliadas.

Los ejercicios exploratorios con motivos melódicos breves que se van desarrollando paulatinamente, el trabajo sobre la improvisación melódica, rítmica, armónica y literaria, bien nos consideremos compositores o no, activará nuestros reflejos y nuestra capacidad de respuesta, nuestra concentración, nuestra memoria y sobre todo, nuestra habilidad de proponer y desarrollar nuevas ideas. Además de los elementos improvisatorios que mencionamos, es importante una apertura a la improvisación como una manera de acercarse a la experiencia vital y artística. Ello no implica, en ningún modo, descuidar los aspectos formales o la validez del texto bien aprendido. Se refiere, más bien, a la conciencia de que cada presentación, cada espacio interpretativo que afrontamos, cada nuevo escenario, cada oportunidad de construir arte colectivamente, ocurren una única vez. Ningún evento es igual a otro; ningún público es igual a otro, y por más que una obra o una canción se repita y tengamos que sostenerla y contar lo que podría parecer la misma historia, hemos de conservar y alimentar la actitud de renovación constante; de que estamos ante una vivencia nueva y en ese sentido, también estamos llamados a proponer, a veces desde la sutileza de un leve detalle, maneras renovadas de mirarla y de interpretarla.

Resulta relevante anotar que el viaje artístico no se hace en solitario; constituye una relación que parte de nosotros mismos y abarca a quienes comparten con nosotros cada acto creativo, a las diversas audiencias, a los textos, canciones, compositores y personajes. El arte de interpretar es, además del arte de internalizar, la enorme posibilidad de descubrir las honduras humanas, siendo testigos de la enorme riqueza que les habita, y siendo capaces de recrear en nosotros esa multiplicidad de realidades.

No hemos de ausentarnos, por ello, de la experiencia del trabajo colectivo, de los espacios de retroalimentación generosa y abierta, de la superación del temor a la crítica en pos de mayores aprendizajes que nos conduzcan al crecimiento personal y profesional.

El cultivo de la gratitud, de la apreciación y la valoración de cada instante, la capacidad de estar en el presente, abrazando y expresando lo que cada momento nos ofrece, el ejercicio de la disciplina y la estructura, a la vez que la capacidad de generar en nosotros entornos que favorezcan la libertad y la exploración, harán que nuestro camino en la interpretación musical y actoral sea un constante descubrimiento y sobre todo, una aventura fructífera y profundamente gratificante.